## La Gotita

«¿P

or qué no podemos vivir juntos?, ¿qué acaso esas cosas no solo pasan en las novelas…?» se cuestionaba mientras yacía sentado a la sombra de un tupido árbol. Apenas unos minutos atrás su mente infantil había desvelado la primera de muchas crueles verdades que iría desvelando en el transcurrir de su vida; sus padres no vivían juntos, vivía en un hogar disfuncional. Su pequeña alma se posaba en arena movediza, los fundamentos de su personalidad se forjaban inestables. Sentado, comenzaba sus primeros cuestionamientos a la vida, ¿por qué no podía tener a mamá y papá juntos como los demás niños? No había lágrimas en sus ojos, no había necesidad de que las hubiera, el temor y la tristeza se reflejaban en ellos. Ese día era el primer día de vacaciones y las tendría que pasar en la casa de la abuela paterna, aunque estar en la casa de la abuela le encantaba, sentía nostalgia por no estar con mamá.

La noche anterior había caído una fenomenal tormenta y podía olerse el aroma mojado de la tierra; el pasto se sentía aún un poco húmedo y se veían gotas de agua jugando a deslizarse por las hojas, sus manos las tenía como empujando la tierra. De improviso, sintió un piquetón en su mano derecha, y, algo molesto, dirigió su mirada hacia ella, no había nada solo una solitaria gota de agua. Se disponía a levantarse cuando sintió unos suaves toques en la mano, pero al regresar su mirada no había nada solo una redondita gotita de agua. Justo cuando la iba a sacudir escuchó una voz que al parecer provenía de la pequeñita gota de agua, clavó su mirada y toda su atención en esa pequeña gotita, para sorpresa mayor, la gotita de agua comenzó a inflarse como una diminuta vejiga, con cuidado la pasó a la palma de su mano izquierda, la gotita siguió creciendo hasta tener el tamaño de un chibolón, luego dejó de crecer. Yoryo no le quitaba la mirada de encima, estaba cautivado por el acontecimiento, de repente, de la parte superior de la esfera brotó otra esfera más pequeña, y en esa pequeña esfera se formó un pequeño rostro, y sobre el rostro, en la parte de arriba, un pequeño copete a manera de pelo, luego comenzaron a salir a los costados de la esfera más grande unas protuberancias que se hicieron dos brazos, y finalmente en la parte de abajo se le formaron dos cortas piernas; se había convertido en una regordeta gota de agua. Yoryo no salía de su asombro, aunque era un niño, tenía claro la diferencia entre las cosas posibles y reales, y las imposibles e irreales. Y una gota de agua con vida, era claro que, era una de esas cosas imposibles e irreales.

—¿Me tienes miedo? —preguntó la gotita interrumpiendo el asombro de Yoryo.

Yoryo no salía de su asombro, no podía mover los labios, los sentía pegados; sus ojos estaban clavados en la gotita. Movió su mano izquierda muy lentamente hasta llevarla al nivel de sus ojos; quería observarla con sumo cuidado, no perderse detalle de esa mágica gotita. Por qué que podría ser sino eso, una gotita mágica.

—Antes de que otra cosa pase, te diré que si le cuentas a alguien de mi existencia, justo en ese instante dejaré de existir para ti.

—Pero, ¿quién eres?

—Yoryo, te pensé más listo. ¿Qué no ves acaso lo que soy…?, una gotita de agua, solo que viva. —dijo con cierta ironía la gotita.

—Bueno, sí, pero… ¿por qué estás aquí?

—Eso no importa, lo importante es que estoy aquí contigo y crearemos una bella amistad que durará para siempre.

—¿!Para siempre!? —dijo Yoryo, dejando escapar una sonrisa pletórica de alegría.

—¡Sí, para siempre!

—¿Nunca te irás de mi lado?

—Aunque no estemos físicamente juntos, nuestra amistad será como un lazo que nos mantendrá siempre unidos; será como un rayo de sol. Sabes, aunque el sol esté distante sus rayos nos calientan el cuerpo, de igual forma, nuestra amistad nos calentará el alma.

—¿Tienes alma tú? —le interrogó Yoryo.

—Claro que la tengo. ¿Por qué no debería de tenerla? —replicó la gotita algo molesta.

—Pues, porque no eres humano.

—De donde sacas que solo los humanos tienen alma.

—Pues, es lo que me han dicho.

—Bueno, ya ves que no es del todo cierto. A mí me han dicho que cuando alguien tiene conciencia de su existencia, entonces…, ese alguien, tiene alma. Pero, cuéntame, por qué estas triste.

—Es que recién me doy cuenta que mi papá y mi mamá no están juntos, y a mi mamá si la siento mía, pero a mi papá lo siento…, no sé. Pero no es lo que yo quisiera, me gustaría tener a mis papás juntos, para mí.

—Sí, te entiendo, mi querido amiguito. Pero te daré un consejo que si lo comprendes y lo sigues, siempre serás feliz, no importando lo que pase a tu alrededor*. Nunca luches con la vida, solo abrázala y déjate llevar*. La vida no siempre será como nosotros quisiéramos, y eso así será, por más que no nos guste, y no hay manera de cambiarlo. No importa la edad, la fama, el poder o el dinero que tengas, eso así será. Así que lo más inteligente es aceptarla tal cual se nos presenta y tratar de estar lo más contentos que podamos.

— Sí, pero no es justo.

—No, la vida no nos parece siempre justa. Pero como te dije antes, eso no cambiará. Así que mejor llena de alegría esos ojos y disfruta lo que tienes.

En ese momento se escucharon unos gritos.

—Yoryo, ¿dónde estás?

—Aquí estoy en el jardín.

—Límpiate bien cuando entres, no vayas a embadurnar aquí dentro de lodo.

—No, tendré cuidado, abue.

Cuando Yoryo regresó la mirada a su mano, la gotita ya no estaba, empezó a buscar muy desesperado en el suelo pensando que la había tirado, luego empezó a llamarla, sabía que buscarla en el jardín, empapado por la tormenta de la noche anterior, sería extremadamente difícil, pero por más que la llamó, la gotita no apareció. A partir de ese día, en cada despertar de esas vacaciones, lo primero que hacía era ir a buscar en el jardín a la gotita, pero cada día era igual, la misma decepción, la gotita no aparecía. Así se esfumaron las vacaciones hasta que llegó el último día, ese día, al igual que los anteriores, al solo levantarse, se dirigió al jardín. Tal vez en su último día tenía suerte y encontraba a la gotita. Pero luego de buscar un largo rato, se dio por vencido, y cuando regresaba a la casa, escuchó a lo lejos: —Recuerda: no luches con la vida, solo abrázala y déjate llevar—. Yoryo, al escuchar estas palabras se dio inmediatamente la vuelta, y sí, ahí estaba la regordeta gotita, agitando sus transparentes manitas, despidiéndose de Yoryo. Él intentó correr hacia la gotita, pero esta al ver la intención de Yoryo explotó en cientos de gotitas. Yoryo increíblemente no se molestó, por el contrario, dejó entrever una sonrisa de aceptación, y repitió lo que la gotita le acababa de decir: —No luches con la vida, solo abrázala y déjate llevar—. A partir desde ese momento, y durante muchos años, su actitud hacia la vida cambió; siempre se le veía contento, nunca se quejaba, siempre buscaba sacar lo mejor de las circunstancias, a pesar de que estas no fuesen las que él deseaba. La gotita no volvió aparecer en la vida de Yoryo. Bueno, hasta ese día en que Yoryo estaba en su cuarto muy deprimido. Ese día había llovido mucho, Yoryo se encontraba en su escritorio viendo fotos en su computadora, y comenzó a escuchar ruidos en la ventana de su habitación, la cual daba al jardín de la casa. Intrigado entreabrió la ventana, y fue su sorpresa, ahí estaba la regordeta gotita de agua con una transparente sonrisa. Yoryo, tal y como la primera vez, se había quedado completamente petrificado, hasta que luego de unos segundos reaccionó.

—¡¿Eres tú?!

—¡No cambias!, pensé que con los años te harías más inteligente —dijo la regordeta gotita con una expresión de resignación.

—Pensé que no te volvería a ver, es más, hubo momentos que creí que aquel instante había sido una ilusión o un sueño. Pero ¿por qué desapareciste? Te busqué cada día, hasta que entendí lo que me dijiste: de no ir contra la vida. Eso me sirvió de mucho hasta hoy…

—Bueno, ¿no piensas invitarme a entrar?, estira la mano para que me suba en ella —le dijo la gotita en tono de enfado.

Inmediatamente, Yoryo extendió la mano, y la gotita de un brinco se subió a ella. con sumo cuidado la llevo hasta su escritorio, depositándola con inmensa ternura en él.

—Bueno ¿y qué te pasa hoy?

—Esto no lo entenderás —le dijo Yoryo, con rostro de decepción.

—Bueno, cuéntame a ver qué pasa.

—Son cosas del corazón. No creo que tú sepas de eso.

La gotita en lugar de enfadarse sonrió, y luego de sentarse en un bote que quedaba justo a su medida, afinó la voz como si fuera a cantar.

—Querido Yoryo, el consejo que te di es para todo lo que es la vida, y el amor mi querido amigo es la parte más fundamental de ella. El amor es como la gravedad, es lo que nos mantiene unidos. Claro que te entiendo, por eso te diré unos consejos específicos del amor. Nunca fuerces el amor, el amor no necesita forzarse. Disfruta cada relación amorosa que tengas hasta donde te mantenga feliz. No fuerces una relación que te hace sentir mal.

—Pero como sabré si ha llegado el amor de mi vida.

—Mi querido amigo eso solo lo sabrás cuando llegue. Muchas veces creerás haberlo encontrado, pero poco a poco te iras dando cuenta que no; algunas veces te darás cuenta rápidamente, otras, pasará mucho tiempo, y otras, simplemente, nunca lo harás. Pero cuando llegue, si algún día llega, simplemente, lo sabrás. Primero será como una intuición que poco a poco iras afirmando, te darás cuenta que con esa persona puedes ser realmente tú, y ella puede ser realmente ella; ambos se conocerán muy bien, pero a pesar de eso se aceptaran, no se idealizan uno al otro solo se aceptan tal como son, y así se aman, por eso se convierten en los mejores amigos y se disfrutan mutuamente.

—pero dime algo; entonces no es seguro encontrarlo.

—pues, la mayoría se va de este mundo sin encontrarlo, no sé por qué es así, pero te diré algo, si haces lo que te digo no te prometo que lo encontrarás, pero sí te prometo que serás mucho más feliz.

En ese momento tocaron a la puerta...

—Ya voy. Métete en este vaso para que no te vean.

De inmediato la gotita saltó al vaso. Y Yoryo se dirigió a abrir la puerta de su cuarto. Era su mama con su sobrinita. Ese día su hermana había dejado a su sobrinita, Alejandra, de 5 años, para que la cuidara su mamá.

—Hijo puedes cuidar a Alejandra unos minutos.

Mientras la mamá de Yoryo platicaba con él, Alejandra se hacía paso hacia el cuarto de su tío favorito. Luego de despedirse de su madre, Yoryo se acercó despacio hacia el escritorio donde estaba Alejandra sentada, curioseando la computadora, la tomo con sus manos por la cintura y la levantó todo lo alto que pudo, luego la tiró en la cama y le comenzó a hacer cosquillas. Y así entre cuentos, juegos y plática, pasó el tiempo. Hasta que se escucharon los gritos de la mamá de Yoryo llamando a Alejandra. Luego de despedirse y cuando ya casi estaba en la puerta, Alejandra le preguntó:

—Tío, que le habías echado al agua, estaba rara.

—¿Cuál agua?

—La que estaba en el vasito blanco.

—¿Te has tomado esa agua?

—Alejandra apúrate —gritaba la mamá de Yoryo.

Alejandra al oír los gritos de su abuela salió disparada, mientras tanto Yoryo había quedado pálido e inmóvil por unos segundos, luego salió volado hacia el escritorio para tomar el vaso blanco y verificar lo que Alejandra le había dicho, y efectivamente, no había ni una gota de agua en el vasito blanco. Yoryo comenzó a golpear el escritorio molesto consigo mismo por ser tan descuidado. Alejandra se había tragado a su amiga la gotita. Y así pasó el día, hasta que se acordó lo de no hay que ir contra la vida, y entonces sintió paz al aceptar la situación. Pensaba que le hubiera tomado una foto a la gotita, pero ni tiempo de eso le quedó. De repente se escucharon unos toquecitos en la puerta de la habitación, Yoryo se dirigió a la puerta y la abrió, pero no vio a nadie; justo en ese momento sintió que le tocaban el pie, su rostro se alumbro de alegría, era la gotita. Rápidamente se agachó para ofrecerle la palma de su mano, la gotita subió de un brinco.

—Has regresado pensé que te había bebido Alejandra, ¿Dónde te has metido?

—Mejor ni te cuento —le dijo la gotita en tono de enfado.

—Tienes un color diferente, te ves un poquitín menos transparente.

—Yoryo, mejor no le sigas, dejémolo ahí, por favor —terminó diciendo la gotita de manera cortante.

—Bueno, está bien, pero no te molestes.

El resto del día, Yoryo y su amiga la gotita, la pasaron super bien. Se contaron todo lo transcurrido en estos años, y los sueños que tenía ambos para el futuro. Cuando ya era bien noche, la gotita le dijo a Yoryo que se tenía que marchar. Yoryo le insistió que se quedará, que no tenía por qué irse. La gotita lo miró con ternura y le dijo que la verdadera amistad no era egoísta, y le recordó lo que le había dicho la primera vez.

—Recuerda, nuestra amistad es como un rayo de sol, siempre, aun en la distancia mantendrá unidas y tibias nuestras almas, pero antes de marchar quiero regalarte otro consejo.

Yoryo se quedó pensativo un momento, como asimilando lo que la gotita le estaba diciendo, y luego con un gesto de resignación.

—Sí, tienes razón, dime cual ese consejo.

—No importa lo ocupado que estés o lo apesadumbrado que te sientas, siempre tomate un tiempo para encumbrar tu mirada al cielo.

Después de ese día, Yoryo tuvo un nuevo cambio en su actitud de afrontar la vida, y fue feliz cada día de ella.

Pasaron los años, muchos años, y el invierno llegó a la vida de Yoryo, la nieve reposó en su cabeza y el tiempo le dobló la espalda. Ese día, por primera vez desde la última, que vio a la gotita, se sentía triste y miraba al suelo cabizbajo. Estaba sentado en una banca de un cementerio, su dolor regaba la tierra mientras su mirada se enterraba en ella. Acababa de sepultar a María, su esposa y madre de sus hijos. Yoryo había insistido en quedarse solo, aunque su familia no le había parecido muy buena idea, sabían de la terquedad natural de Yoryo, a la cual se le incrementaba la de los años. En ese momento se recordó lo que le había dicho la gotita la última vez: *“No importa lo ocupado que estés o lo apesadumbrado que te sientas, siempre tómate un tiempo para encumbrar tu mirada al cielo”.* Y entonces subió su mirada al cielo, y entre las nubes creyó divisar el rostro de la gotita, que le sonreía desde el cielo. Y sintió tibieza en su alma y paz en el corazón, afloró una sonrisa en su rostro, y pensó en que le encantaría ver a su amiga, la gotita, una última vez. Justo en ese momento sintió que algo le cayó en su hombro, pensó «lo que me falta, una gracia de la naturaleza». Pero para su sorpresa una vocecita conocida lo saludo.

—Hola, Yoryo.

Yoryo abrió sus ojos, y el rostro se le embarró de primavera.

—¿Eres tú?

—Yoryo, por Dios, no cambias, claro que soy yo. —Le decía mientras movía su cara de un lado a otro, en señal de decepción. —Pero dime ¿por qué estás ahora triste?

—Acabo de enterrar a María.

—Quién fue María.

—Mi esposa, la madre de mis hijos, y el amor de mi vida.

—¿Entonces lo encontraste?

—¿A quién?

—Yoryo por Dios, ¡al amor de tu vida!

—Sí, gracias a tus consejos lo encontré.

—Yoryo, has tenido una gran vida, porque has sabido disfrutar de lo que la vida te ha dado sin casi protestar, y además de eso, has logrado encontrar el amor de tu vida. Yoryo, sin duda has tenido la mejor vida.

—Sí, tienes razón.

Y se levantó Yoryo, y caminaron justos con la gotita contándose lo que habían hecho esos años…